

Su respuesta al anuncio del ángel: Hágase en mí, revela la fuerza de su esperanza; ella cree en el cumplimiento de las promesas hechas por Dios al pueblo de Israel, confía plenamente en la misericordia de Dios, pero sobre todo espera paciente y ardientemente la venida del Mesías. Espera como mujer judía, como mujer del pueblo de la promesa, y en esa espera le sorprende el ángel cuando le anuncia que iba a ser la Madre del Mesías.

Y espera como mujer creyente, como primera discípula del Hijo cuando ante las contrariedades del camino, ante el nacimiento en un pesebre, ante la espada anunciada por Simeón, ante la huida a Egipto, sigue creyendo, confiando y esperando en el Dios de la Vida, en que su Navidad será permanente, en que Dios habitará para siempre entre nosotros.

Cuando todos tachan a su hijo de loco, Ella sigue confiando, porque ama. Y el que ama, cree y espera. María es la Mujer de la Esperanza porque desde su pobreza, lo espera todo de Dios, porque deposita toda su confianza en El, porque es totalmente dependiente de Dios, porque se abre total y absolutamente a la voluntad de Dios.

Es la Mujer de la Esperanza porque sabe que desde el abandono en las manos de Dios ya nada puede temer. Y es esa actitud de total abandono, dependencia y confianza en Dios la que Ella nos invita a vivir este Adviento. Su vida no fue fácil. Todos esperaban otro tipo de Mesías, y Ella supo descubrirle en la pequeñez de un recién nacido. Y supo hablar al mundo de la grandeza del amor de Dios, que quiso nacer de su cuerpo de Mujer, que quiso adentrarse en las entrañas de una mujer para ser uno más entre nosotros. María, la Mujer de la Acogida nos invita a descubrir y acoger a Dios en la sencillez y cotidianeidad de la vida, a descubrirle presente en los acontecimientos de nuestras vidas sencillas, calladas, entre nuestras cuitas familiares, comunitarias, parroquiales.

Ella nos invita a descubrir dónde puede nacer Dios hoy y a prepararle una digna posada.